

**UN ARTICULO DEL ECIJANO BENITO MAS Y PRAT,  
TITULADO *LA RIFA DEL BESO*, Y QUE APARECIO PUBLICADO  
EN *LA ILUSTRACION ARTISTICA DE BARCELONA*, NUMERO  
32, DEL DIA 6 DE AGOSTO DE 1882.**

**Noviembre 2018  
Ramón Freire Gálvez.**

Uno de los más bellos artículos que dejó escrito y publicado Benito Mas y Prat, amplio conoedor de las costumbres andaluzas y no poco de Sevilla, dada su residencia en la capital hispalense, es el que me propongo en este artículo reproducir y que se publicó en *La Ilustración Artística de Barcelona*, en su número 32, editado el 6 de Agosto del año de 1882.-



Precisamente el 26 de marzo de 1903, con dicho título y como tradición andaluza, se estrenó, tal como anuncia el cartel que incorporo, en el teatro Duque de Sevilla; en definitiva el mencionado artículo, textualmente decía así:

1

**LA RIFA DEL BESO  
I**

La locomotora, ese monstruo de cien anillos de la civilización, que lo mismo salva abismos que horada montañas, va devorando con sus encendidas fauces las costumbres de los pueblos y fundiéndolas en sus calderas, a la manera de una bruja moderna que preparara un gigantesco pisto de ciudades, en el que hubiese de volverá formarse el único idioma.

Los grandes centros se parecen unos a otros, el mar viviente busca por todas partes su nivel, y dé la misma manera podréis encontrar la *cocotte* del boulevard en la Puerta del Sol de Madrid, que la ramilletera del Arno en las riberas del santo río de Colonia.

Los tipos pasan, las costumbres palidecen, el carácter propio de cada localidad sufre cotidianas alteraciones y lo que, en los siglos de la litera y de la linterna, se estacionaba, acomodaba y pasaba a

la categoría de cosa o de particularidad, en el siglo del vapor, es sólo, *relámpago súbito brillante*.

He aquí por qué se comprenden las fotografías instantáneas y las tarjetas al minuto; he aquí porqué Zola (*en la fotografía de la derecha*) y sus imitadores copian de prisa lo que ven, ora se ilumine con la roja luz de la tea, ora con la de la tibia luna, ya ocupe el fondo del cuadro el ala negra de Satán o las blancas alas del ángel del sueño.



Preciso es fijar esas costumbres que pasan, y esta es la empresa encomendada al articulista y al pintor de género. El uno puede llenar sus cuartillas á vuelta pluma y el otro manchar sus vítelas en pocos momentos.

Estamos pues en el uso de nuestras funciones.

2

## II

La rifa del beso es una costumbre andaluza que acaso ha desaparecido ya, y que sólo conocen los que han estudiado a nuestro pueblo soñador y pendenciero en su vida íntima y religiosa.

Para darse cuenta de su existencia, preciso es visitar, aun cuando sea imaginariamente, las lejanas tierras en donde el sol

nace, y estudiar el problema de la personalidad de la mujer en el decantado país de las pagodas y de las apsaras. El brahmán y la virgen, el templo y la Eva india, han estado en tan íntima relación que aun hoy se subastan las bayaderas o sacerdotisas de Brahma en provecho de la pagoda, teniéndolo algunas castas por notable y honroso privilegio.



En las fiestas del buen Visnú y del malévolos Siva, una reunión de hermosas vírgenes veladas tan sólo por el blanco cendal o la ancha faja de cachemira, mostrábanse, y se muestran

aún, como estatuas de marfil y ébano, a la puerta de la pagoda, esperando que la voz del brahmán congregase en torno una multitud de babús y rayahs que, ansiosos de despojar aquellos pobres lotos en honor de la temida trimurti, ofrecieran diez o doce mil rupias por cabeza.

Estas subastas, que algunas veces adquirían el carácter de verdaderas lides de amor propio, solían ocasionar a los mantenedores la venta de algunas sartas de perlas, de algunas parejas de elefantes ricamente enjaezados, de algunos millares de plantas o de algún palacio adornado de dorados verandahs y marmóreas escalinatas.

Se ha dado el caso de encontrarse un viejo rayah, con esclava y sin baño propio donde perfumarla.

Desde la más remota antigüedad se conservan estas extrañas prácticas, y si recorremos la historia de Bactra y Nínive, de Menfis y Atenas, hallaremos no ya vestigios, sino reflejos claros de esta especie de rifa de carne humana en provecho del ídolo y del santuario.



3

El triste estado de la mujer en Oriente dio origen á estas bárbaras costumbres que se perpetuaron desde los primeros tiempos y pasaron de la India a Grecia con el culto de Venus, repitiéndose en los santuarios de Chipre y Pafos con la misma frecuencia.

Las hieródulas, que bailaban en el pórtico cubiertas solamente con ligeras gasas, y las sacerdotisas de Isis que se presentaban al neófito en las iniciaciones, dan claro ejemplo de la propagación de este uso oriental, que alcanzó a los hebreos y que dio acaso a Mahoma la pauta del célebre *Paraíso* en cuyas celestiales florestas habían de ofrecerse al verdadero muslím, los besos de las húries de ojos de endrina y seno amplio y delicioso.

Difícil empresa seria hallar en el laberinto de la historia el hilo misterioso que une las costumbres a través de las irrupciones de los

pueblos y los cruzamientos de castas, y más difícil todavía separar en cada nación lo que a sus primitivos moradores pertenece, y lo que es exótico o acomodaticio en determinado lugar y tiempo. Mézclanse la sangre y las tradiciones; modifícanse las castas unas a otras y la comunidad de ideas y de elementos naturales deja apenas una nota presente de la civilización pasada; sin embargo, por esa sola nota se logra inducir a veces la vida íntima de un pueblo, por esa leve estela, suele señalarse en el inacabable mar, el difícil derrotero seguido por esa gigantesca flota que se llama género humano.

Recorred las fiestas de nuestro Calendario, examinad nuestros juegos y nuestras tradiciones orales y os convenceréis de esta verdad.

Hace poco he oído un cuento de vieja que me recordó toda la mitología greco-romana; Orfeo despedazado por las bacantes de



Beocia, se había convertido en un príncipe encantado que fabricaba con su cítara palacios de cristal, y cuyos miembros arrojados a los cuatro vientos levantaban del fondo del mar coros de ondinas cantoras. Sísifo,

vistiendo la pelica del viejo leñador andaluz, subía y bajaba por la sierra de Córdoba cargado eternamente con el haz y el hacha.

Aun se piden cuartos para engalanar a la hija de Flora, en el mes de mayo; y en la época de la siega, suelen encenderse las antorchas que empleaba Ceres para buscar a Proserpina.

### III

Las anteriores reflexiones no vienen a señalar una recta derivación a la costumbre que yo llamo *rifa del beso*, sino sólo a poner de relieve analogías curiosas e interesantes, que como muchas otras que hemos de notar, son dignas de meditación y estudio.

Los usos orientales conservados en España y principalmente en Andalucía, dieron a nuestras fiestas de la Edad media, cierto

color caballeresco sólo comparable al que adquirieron las de las demás naciones, después de las cruzadas y de la vulgarización de las lenguas romances, que sirvieron a los trovadores provenzales.

En los certámenes poéticos y en *las cortes de amor*, se adjudicaban frecuentemente al más galante las flores y las sonrisas de las damas, y los caballeros que peleaban en los torneos, solían recordar que Roxana, la perla de Oriente, fue concedida a Alejandro Magno por haber llegado el primero a las almenas de su castillo.



En las celebradas mañanas de San Juan, puede decirse que se verificaba en torno de los pozos y de las fuentes públicas una especie de feria de mujeres, semejante a la que aun hoy se conserva en Rusia; las jóvenes casaderas, solían llevar sus ofrendas al milagroso santo, repartiéndose después en provocativos grupos a las puertas del templo.

5

Esto mismo ocurría en las fiestas griegas y romanas, y nuestras ferias actuales recuerdan las grandes reuniones del monte Soracte en Etruria, en las que, jóvenes de ambos sexos, poblaban las florestas misteriosas dedicadas a la diosa Feronía y se reunían alegremente para llevar flores y frutos a sus divinos santuarios.



En estas grandes solemnidades, los sacerdotes esperaban las ofrendas en el pórtico del templo y las sacerdotisas conducían a los recién llegados hasta el ara del dios.

De las fiestas de Flora, según Rodrigo Caro, data la costumbre de pedir cuartos para la maya, en el mes de la Cruz, y de nuestras fiestas religiosas de la Edad media, la de las demandas para el culto en la misa o después de ella.

Hasta hace algún tiempo, se conservaba en el Norte de España, la práctica de extender varios paños para las limosnas en el suelo de la iglesia durante los oficios de difuntos; y en los santuarios antiguos, solía haber un peso colossal colocado a la entrada, en el que, los devotos, se *pesaban á trigo*; esto es, que colocándose el que había de hacer la ofrenda en un platillo y en el otro grandes espuestas, íbanse éstas llenando de grano hasta dejar el peso en cruz. En el monasterio del Valle de Écija existían, hasta hace poco, dos pilares gigantescos entre los cuales colocaban los frailes Jerónimos la balanza sagrada á que nos hemos referido. Los pesos a trigo eran tan frecuentes en aquel rico término, que solían llenarse los graneros del convento sin gran trabajo.



La costumbre de llevar ofrendas a los santuarios ha sido de todos los tiempos y dé todos los cultos. Desde el célebre pedestal del promontorio de Léucade hasta los del monte Esquilino, desde los Altares de Lourdes hasta los del Carmelo, han recibido ofrendas y ex-votos de los romeros y visitadores.

6

En los santuarios de España, y sobre todo, en los de Andalucía, las ofrendas solían hacerse con el carácter de subasta que hemos visto indicado en el extremo Oriente, y los mayordomos de las hermanadas del siglo pasado, rifaban a las puertas del templo, no ya cuantos donativos piadosos se dedicaban al Patrono en determinadas solemnidades, sino los abrazos de las devotas y las flores que llevaban éstas en la cabeza o en el seno.

Hace pocos años que los desórdenes habidos con motivo de estas cáusticas subastas, dieron ocasión a que las autoridades tomaran cartas en el asunto.

#### IV

Hemos llegado al punto en que he de escribir *la rifa del beso*, en Sevilla.

Las hermandades de la Salud, del Amparo, del Rocío, de la Alegría, de la Antigua, y otras cuyos nombres harían interminable este relato, hacían sus rifas, desde tiempo inmemorial, ya en el Baratillo, ya en los Humeros, ya en Triana o San Bernardo; ya, en fin, en lugares tradicionales y apropiados, a donde acudían los devotos, dispuestos a presenciar alegremente estas luchas de la fe y

del amor propio, en las que solían tomar parte activa las más de las veces.



mesilla cubierta de blancos paños sobre los cuales, hábiles manos, habían bordado el escudo de la hermandad o el distintivo de la orden, colocábanse los donativos, que consistían principalmente en primorosas baratijas, o en frutos del tiempo, que los más piadosos ofrecían y que los demás se disputaban en el acto solemne de la subasta.

7

A la voz del hermano mayor, unas veces, y otras al son de la campana del santuario agrupábanse en torno de la mesa o del altar los mozos y mozas del barrio, formando círculos concéntricos o animados grupos; y, en tanto, el subastador, que frecuentemente era un campanillero o faraute de la hermandad, dotado de robustos pulmones, subiéndose con gravedad en una silla, anunciaba por tres veces el nombre del objeto que salía a la puja, y el punto de partida de la licitación, en esta o parecida forma:

¡En diez reales la manzana de la Virgen!

A esta voz preventiva, mirábanse los circunstantes unos a otros; consultaban íntimamente con sus bolsillos, y se empujaban al fin, en un rapto de entusiasmo.

Dos o tres bellas deseaban como buenas Evas poseer aquella preciosa fruta y recurrián con el ardor de la reina del Paraíso, a sus

Adanes respectivos, que ostentaban bordados marseleses, fajas de grana y punteados botines de cuero; estos majos se miraban unos a otros como gladiadores o caballeros de la Tabla redonda; y después de absorber toda la miel de una sonrisa cariñosa o de bañarse en la luz de una provocativa mirada, lanzábanse con verdadero delirio a *la puja*, dispuestos a apurar el último ducado, en pro del primer capricho de sus novias o de sus parejas.

¡Dos ducados dan por la manzana de la Virgen! decía un macareno llevándose las manos al cinto y mirando con aire triunfante a una flamenca, de rostro más suave y encendido que la perfumada fruta que se subastaba.

¡Más vale!.... respondió el faraute de la hermandad haciendo girar la manzana entre sus dedos con agilidad extrema.



¡Ocho dan!.... se apresuraba a decir otro majo, cuya pareja *rubia como las candelas*, parecía querer atrapar con los ojos la codiciada fruta adornada de cintas de colores.

Más vale, repetía el subastador con voz seca.

De vez en cuando, algunas voces débiles y temblorosas se esforzaban en competir con los de primera fila, ofreciendo pujas insignificantes; pero el subastador que sabía su oficio, alzaba el brazo como San Juan, empinábase sobre las puntas de los pies, y paseando su triunfadora mirada por encima de aquel mar de acaloradas cabezas, repetía inflexiblemente sin dejar el fruto de la mano:

¡Más vale, que es limosna para la Santísima Virgen!...

La contrariedad excitaba entonces los ánimos; las miradas ávidas de los curiosos devoraban a los licitadores y los más comprometidos se provocaban unos a otros; por último establecíase de extremo a extremo y de corro á corro el siguiente tiroteo de frases y cifras:

—¡Diez!...  
—¡Veinte!...  
—¡Treinta!...  
—¡La edad de Cristo!...  
—¡Doble!...  
—¡Doble y dos!...

—Doble y cuatro... Y crecía el tumulto y se adelantaban atropelladamente los postores y se encendían los rostros y las pupilas, y la voz del faraute lo dominaba todo repitiendo con su acompasada y eterna canturía:

—¿Hay quien dé más? ¡Que es limosna para este santo templo!

## V

Nada más digno del pincel de Goya o de Fortuny que estos cuadros animados por la fe, el amor y la vanidad, a los cuales servían de términos, por una parte los muros del santuario adornados de lentisco y álamo blanco, y por la otra, las calles del barrio animadas por músicas y cantares y cubiertas de colgaduras y arcos triunfales. Las mozas ostentando sus pañolones de Manila de todos colores; los mozos ciñendo la faja morisca y el apretado botín;



las flores brillando, ora ante el altar, ora sobre las peinetas de concha de las majas; todo ese conjunto, en fin, de tonos y de armonías que trasforman al pueblo en los días feriados, se derramaba en aquellos animados grupos en los que, las

tintas más abigarradas, los cuerpos más esbeltos y los rostros más hechiceros, se reunían en un inmenso haz; semejante a esos manojo de dorado heno y de campánulas rojas y azules, que los chicuelos de la aldea forman para adornar las cruces y los retablos.

Al cabo, un silencio solemne reinaba en el corro y el ingenioso faraute después de repetir por tres veces la frase sacramental, bajaba de su banco dirigiéndose al último postor y le entregaba la *manzana de la Virgen*, con el conocido aditamento de *buena pro le haga al devoto*; era que la subasta había tocado a su término.

El vencedor recibía la presea del combate entre los murmullos, hurras o maldiciones de la multitud y paseaba la mirada triunfante sobre sus competidores, en tanto que la entregaba sonriendo a su *salerosa* pareja. Los reproches de los vencidos enardecían los ánimos, y se aguardaba la puja del segundo objeto, que ya tenía el subastador entre las manos para acallar la rechina de los murmuradores.

De este modo, y siempre con el mismo juego de manos y de palabras desaparecían del altarillo desde la manzana, hasta la peineta de la Virgen. Es decir, todos los objetos dedicados a la puja, y aun permanecían los aficionados clavados en su puesto y deseosos de proseguir la contienda. Entonces tenía lugar lo que puede llamarse el *delirium tremens* de la subasta; el hecho original que motiva estas líneas, y que llegó a salpicar de sangre más de una vez los blancos paños del altarillo de las rifas.

Cuando se acababan las azucenas y las manzanas, símbolo acaso, como el limón y el betel de la India, de algo terrenal y pecaminoso; no ya el faraute de la hermandad, sino cualquiera de los asistentes, señalaba la flor que llevaba alguna moza en el prendido y la ponía a subasta dedicándola *velis nolis* a la imagen en cuyo honor se habían rifado los demás objetos. Aquella flor alcanzaba un precio fabuloso si la interesada era hermosa y digna del sacrificio, y el que lograba rematarla la recibía con una sonrisa de la joven que se creía muy honrada con semejante despojo.

De las flores se pasaba a otro orden de concesiones y se subastaban besos y abrazos. No hay que decir que para adjudicarse



un beso o un abrazo debían ingresar en las demandas de la hermandad tantos reales como rupias ofrecen aún por la posesión de una bayadera los rayahs y babús de las pagodas. El favorecido se contentaba galantemente con la concesión, o los tomaba de hecho, sin que se escandalizaran los espectadores.

Ocurría muchas veces que el beso o el abrazo subastado había de tomarse en una frente hermosa y provocativa o en un talle cimbrador y estatuario; entonces solían vaciarse los bolsos de seda, se ofrecían las tumbagas y las cadenas de plata y oro; y trabábase una de esas acaloradas sesiones de las que no dan siquiera idea en la actualidad las de ruleta de Mónaco y Baden-Baden.

Figuraos un avaro a las puertas de las torres de Creso, un sediento cerca de la peña de Oreb, y un condenado que ha visto el cielo abierto; algo parecido habían de sentir los que tenían cerca de sí una de esas hermosuras espléndidas, meridionales, realizadas por



el gracioso traje de medio paso y la airosa mantilla andaluza; con la pupila empapada en luz y los labios húmedos y ardientes al propio tiempo.

Las más de las veces, rostros sombríos y ojos centelleantes devoraban al favorecido y dejaban caer en torno lluvias de rencores y relámpagos de envidias; y cuando no bastaban las alhajas ni las monedas para ganar la amorosa partida, solían acariciarse los báculos y traerse a cuenta las navajas.

Cuéntese que cierto día de rifa, una hermosa hija de Triana que se hallaba en el corro presenciando la subasta, cerca de su adorado tormento, fue invitada a rifar un beso de sus labios de guinda, en honor de la *Divina Pastora de Capuchinos*, a cuya pretensión accedió de buen grado.

El faraute de la hermandad ahuecó la voz como si se tratara de llevar la noticia a los cuatro puntos cardinales del globo, y la multitud, apiñada en torno, prorrumpió en atronadores aplausos.

Aquel beso era un beso de verdad; un ósculo de reina; un presente digno de los dioses, como hubiera dicho un sacerdote de Astarté o de Venus Calipigia.

Los pujadores fueron infinitos; el beso se justipreció en diez ducados y subió a noventa a los pocos minutos.

Era un verdadero pugilato en el que se disputaban la presa los rayahs y babús de Triana, la Macarena y San Bernardo.

De repente, un majo de gallarda postura y de sedosas patillas negras, rompió la masa de curiosos que le separaba de la joven y sacando un largo bolsillo lleno de monedas de oro, dijo casi en las orejas del pregonero que se quedó estupefacto:

—¡Diez y ocho onzas por el beso a la Virgen!...

Los postores se miraron asombrados; la interesada se puso roja como sí se hubieran abierto amapolas en sus mejillas, y el joven que estaba cerca de ella palideció tanto, que se hubiera dicho que eran el nardo y el clavel, la aurora y la tarde, la nieve y el fuego.

— ¡El Barbí!... exclamaron algunos de los circunstantes, con cierto respeto, mientras el voceador decía con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡En diez y ocho onzas! ¿Hay quien dé más?, ¡que es limosna para la Pastora Divina!

Todos enmudecieron, la niña bajó avergonzada los párpados, tras los que se ocultaron dos soles, y las demás mozas se crisparon de envidia; sólo el joven pálido saliendo al paso a su competidor, y arrojando sobre el altarillo un puñado de monedas de varios tamaños con una pesada cadena de oro, rompió aquella larga pausa, diciendo con reconcentrada ira y expresión indefinible.



— ¡Doble y cuatro, y esta cadena!...

La expectación llegó a su colmo; los fastos de la puja no hacían memoria de tan reñida batalla; parecía que un gnomo de la montaña derramaba con sus invisibles manos tesoros sin fin en los bolsillos de ambos contendientes. Al parecer el majo de las negras patillas estaba vencido; treinta y seis onzas y una cadena, eran suficientes para alcanzar la anhelada presa.

En efecto, también palidecía el majo apuesto y pretencioso.

Preparábase ya el faraute a pronunciar la palabra fatal, cuando la mano del apellidado *el Barbi* le cerró los labios bruscamente. Se había quitado de la pechera un magnífico alfiler de brillantes, y de su dedo índice una sortija que valía un Perú, como se decía en aquel tiempo, los rayos del sol poniente reflejando en aquellas anchas facetas, parecían centuplicarse como en un poderoso refractor y derramaban un océano de luces sobre aquella escena interesante.

13

No había que esperar la voz del faraute; aquellas piedras preciosas hablaban más alto que un cuerpo de trompetería egipcia;



el corro se abrió como una ola para dejar paso al majo, que iba a alcanzar, al cabo, el suspirado premio.

Pero entonces ocurrió una cosa extraña.

El joven pálido, adorado tormento de la niña, tendió las trémulas manos a sus amigos del corro con el ansia de un pordiosero que no ha encontrado aún la primera limosna del día; deshizo entre sus dedos huesosos el bolsillo de malla de seda, en el cual no había un solo peso; alzó los brazos

al cielo, como si pidiera a la Virgen alguna milagrosa lluvia de oro, y

viendo que sus amigos permanecían mudos, que el bolsillo caía á sus plantas sin levantar el menor eco, y que el cielo sólo derramaba sobre su frente el último rayo del sol que caminaba al ocaso; sacó la navaja, se interpuso con la agilidad de un gato montés entre el afortunado postor y la asombrada doncella; y no ya pálido, sino lívido, como una figura de cera, dijo a su rival, en tanto que huía la gente y se desmayaba la causa inocente de aquel pasaje sangriento:

¡Veamos quién tiene más corazón y más fiero!

Inmenso barullo se produjo en el círculo mientras relucían las navajas; pero los rivales no dijeron una palabra más. Solo se oyó, sólo se vio un *itoma!* y un *iaj!* un hierro teñido en sangre y un cuerpo quedaba pesadamente en tierra.

El majo de los brillantes había sido vencido en la puja del corazón y del acero.

## VI

Tales eran los episodios que solían presenciarse en aquellas rifas originales, en las que había sin duda, algo del brahmán, de la hieródula, del árabe y del cruzado. En nuestro siglo, las rifas del Asilo y la Lotería Nacional no encienden la sangre aunque suelen vaciar los bolsillos.

14

BENITO MAS Y PRAT."

Impresionante el relato que nos ha dejado nuestro admirado Mas y Prat, en el artículo titulado "*La rifa del beso*".

Yo me acuerdo de pequeño, haber asistido a alguna de las subastas, que anualmente, hacia mi hermandad de la Sangre, donde se subastaban toda clase de objetos, incluso en más de una ocasión, según los documentos que tuve en mi poder, cabras, ovejas y cerdos, aunque por el poco peculio de los intervenientes, casi siempre iban a parar los objetos o animales subastados, a los que tenías más medios económicos.

Igualmente dichas subastas se celebraban en otras hermandades ecijanas, como las de la Merced y Confalón (que

todavía las mantienen), pero nunca he tenido noticias de que en nuestra ciudad de Écija, en ninguna hermandad de las muchas que existían y aún perviven, se subastara un beso de una bella doncella, que para eso es la tierra astigitana, vergel de guapas mujeres y de ser así, me imagino, que nunca llegaría la sangre al río.

Solo me queda decirles que, como todos los aportados, espero que lo disfruten y comparten.



La Real y Fervorosa Hermandad y Cofradía de Penitencia del Bienaventurado San Francisco de Paula, Simo. Cristo de la Sagrada Columna y Azotes. Simo. Cristo de Confesión, Ntra. Sra. de la Esperanza y de la Purísima Concepción de María

celebra su

**TRADICIONAL  
SUBASTA 2018**

SÁBADO, 3 DE MARZO

El acto, comenzará con un almuerzo y un servicio de barra, y durante el mismo se contará con una serie de actuaciones en directo, celebrándose mientras tanto la tradicional subasta con una gran variedad de artículos donados por Hermanos y diferentes empresas colaboradoras.

Los beneficios irán destinados a la Obra Social de la Hermandad, y a la construcción de la futura Casa de Hermandad.

Lugar celebración: Huerto del Moral de San Francisco de Paula. Hora: 14,00 h.

Precio menú por Adultos: 25 €  
Niños: 15 €

Ecija, Cuaresma 2018